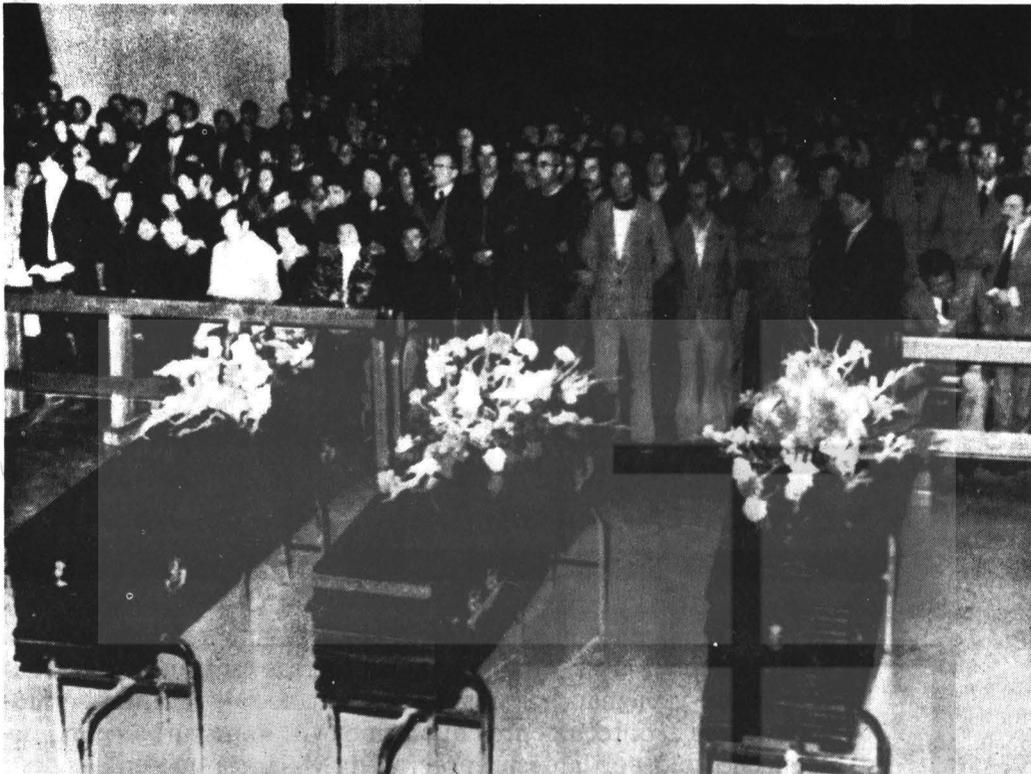


### 1977: BALANCE DE UN AÑO TRAGICO

Terminamos el año de 1977 con sentimientos encontrados. El balance es desfavorable para las fuerzas espirituales que han pugnado y pugnan por una convivencia social, pacífica y armónica. Los acontecimientos que hemos vivido perturban e inquietan, no sólo por la desproporcionada violencia que en el orden social han provocado, sino por ser índice de graves problemas que el país entero tiene que afrontar con urgente responsabilidad.

Nunca, en la historia nacional, habíamos soportado la ola de secuestros y asesinatos políticos que 1977 nos deja como una mancha y un estigma. Nunca, ni en aquellos instantes de montoneras y revueltas, la sociedad salvadoreña se había conmovido tanto como ahora que el desquiciamiento y la irracionalidad de algunas fuerzas sociales busca la confrontación fratricida, el choque armado como aparente y única solución al deterioro institucional. Nunca, insistimos, El Salvador había respirado esta atmósfera de temor, inseguridad y zozobra, en que el valor supremo de la vida humana pareciera haberse perdido, bajo el azote de manos ocultas y asesinas.

Es un hecho indiscutible que la violencia tiene sus raíces en la descomposición misma del sistema socio-económico y político que vive el país. No es por azar ni por malabarismo coyuntural que se han producido los trágicos y lamentables hechos que este año enlutaron el hogar de cientos de salvadoreños. Es triste registrar el desaparecimiento físico de notables personalidades del campo industrial, financiero, cultural y político, así también de humildes obreros, estudiantes, maestros, guarda espaldas, motoristas, agentes de seguridad. La lista sería interminable si añadiéramos los nombres de trabajadores rurales, muertos también por causas violentas, directamente relacionadas con la problemática situación que confronta la República.



A los repudiables crímenes de hombres públicos y de la empresa privada, hay que agregar el de dos sacerdotes, asesinados con premeditación y alevosía indescritibles. Estos hechos dolorosos, para desgracia nacional, permanecen en el olvido y la impunidad. La iglesia católica salvadoreña ha perdido dos pastores respetados y queridos por la feligresía. Y aunque el clima de persecución ha mermado en espectacularidad, no por ello se ha logrado la normalización y pacificación requerida. Todavía hay sacerdotes amenazados, en el destierro, u obligados a vivir en el exterior por las circunstancias imperantes.

No pretendemos, en manera alguna, examinar las características particulares en que fueron cometidos los secuestros, emboscadas y asesinatos, que el año registra como una vergüenza y una afrenta para la vida humana y civilizada que merece el pueblo salvadoreño. Es difícil precisar la forma en que fueron capturados ilegalmente numerosos ciudadanos, muchos de los cuales son buscados por sus familiares, según denuncias publicadas en la prensa. Graves acusaciones se han formulado sobre torturas policíacas que, en manera alguna, tienen justificación y nos colocan en el banquillo internacional como violadores de derechos fundamentales e inalienables del hombre. Resaltamos tales acontecimientos como expresión de un grave desplome de los valores institucionales, morales y ciudadanos, como perturbación expresa de un orden legal en crisis, proclive a trágicas confrontaciones de no buscarse ya, ahora, las soluciones racionales que el organismo social reclama.

Cuando en más de una ocasión nos hemos referido a los orígenes de nuestros males sociales, señalando que la institucionalización de la injusticia engendra la violencia de las masas y la impaciencia de sus conductores, sectores recalcitrantes han murmurado contra nuestra revista, tratando de justificar sus privilegios. Olvidan tales sectores que el descontento generalizado no es sino el aviso de futuras tempestades, el llamado de quienes hallándose en la marginalización y la miseria absoluta, buscarán, tarde o temprano, romper las cadenas opresivas. La historia es rica en mostrarnos tal proceso en diversas latitudes del mundo. Es un error tremendo no hacerle frente al problema del subdesarrollo o minimizarlo con medidas superfluas, sobre todo cuando éste se agudiza con profundas desigualdades.

En este sentido creemos haber dicho a tiempo nuestra palabra universitaria pero, lamentablemente, aquellos sectores que están en capacidad de incorporar nuestro modesto aporte en la instrumentación de soluciones globales, más justas y equilibradas, parecen no querer escuchar.

La realidad social no se oculta tan fácilmente. Un pueblo, por laborioso y pacífico que sea, no puede cargar por mucho tiempo el pesado fardo de la humillación. Agujoneado por urgencias materiales y espirituales termina por levantarse e insurreccionarse contra las clases prepotentes y los malos gobiernos.

Hemos sostenido que si bien la violencia estructural es la responsable del actual estado de cosas, no por ello vamos a reparar la injusticia con actos lesivos a la dignidad humana. El segamiento de la vida de un hombre, cualesquiera sea su condición económica o jerárquica en la sociedad, no puede ser avalado por quienes creemos firmemente en los derechos del hombre y en el rescate de los más altos valores de la civilización. De ahí que condenemos con energía el terrorismo, el fanatismo de quienes pretenden erigirse en fiscales y jueces, al mismo tiempo, de la conducta de sus adversarios políticos.

Entendemos perfectamente, por otra parte, que el terrorismo se da como un fenómeno de mayor frecuencia y probabilidad en aquellas sociedades donde el autoritarismo de izquierda o de derecha ha fincado sus raíces. Cuando se acaba la posibilidad de diálogo entre gobernantes y gobernados, cuando el despotismo liquida o condiciona la libertad de los magistrados de la ley, cuando se violenta el orden constitucional en su espíritu y en su letra, surge de inmediato el acto aislado de los carbonarios, de aquéllos que sostienen la tesis de oponer a la fuerza detentadora del poder otra fuerza, la fuerza de los descontentos en las barricadas.



El año 1977 nos deja la sensación de una pesadilla. Los hechos violentos, más el deterioro institucional agravado por las modalidades propias de la lucha electoral, convierten en una obligación ética el pensar en un replanteamiento serio de nuevas políticas y nuevos compromisos entre quienes están en el poder y quienes esperan, dentro de las posibilidades y características de nuestra nación, soluciones a corto y mediano plazo sobre el delicado problema social que padecemos.

Nuestros deseos son que 1978 sea un año de rectificaciones honrosas para todos los grupos y sectores involucrados en la contienda política y social. Consideramos imperativa la reconstrucción unitaria de la patria, a base de una paz sin miseria, de un orden legal legitimado por la voluntad popular, evitando el fraude y la corrupción de pequeños grupos que, contra la propia Constitución Política de la República, imponen sus ambiciones. Esperamos que 1978 sea un año de reflexión activa y de acción eficaz contra la pobreza y el abandono en que se hallan las clases mayoritarias de la población.

Finalmente, con esperanza, reiteramos nuestra fe y convicción en que se desterrarán los métodos violentos de la acción política y que los encargados de guardar el orden público y mantener la paz social serán los primeros en dar el ejemplo de apego exacto a los principios constitucionales. Una medida esperada es la libertad de los presos políticos, el cese a la persecución religiosa, el retorno inmediato de los exiliados, el respeto integral a las organizaciones sindicales y gremiales, la tolerancia y diálogo constante entre las distintas fuerzas vivas del país, la canalización de una efectiva libertad de prensa y la garantía de respeto a la pluralidad de pensamiento del pueblo salvadoreño.

El Salvador tiene derecho a alcanzar una vida social justa, basada en la convivencia pacífica y democrática. Hacer válida la aspiración del Himno Nacional de obtener "la paz en la dicha suprema". Y ya sabemos que conquistar, mantener la libertad y la paz son para El Salvador "su gloria mayor".

